



Sobretiro

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA EPOCA

No. 101

Septiembre-Octubre

Volumen 5

UNAM

- Chiroleu, Adriana, "La educación superior en los países del MERCOSUR: el reconocimiento de las singularidades como punto de partida de la integración regional", *Revista de la Educación Superior* (México, ANUIES), núm. 115, (jul.-sept. 2000).
- Didriksson T., Axel, y Alma Herrera, coords., *La transformación de la universidad mexicana: diez estudios de caso en la transición*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa, 2002.
- Fuente, Juan Ramón de la, "Perspectivas de la educación superior en México", *Universidad de México*, núms. 602-604 (marzo-mayo 2002).
- _____, "La universidad pública y los deberes del espíritu", *Los Universitarios*, Nueva época, núm. 34 (julio 2003).
- _____, "Academic freedom and social responsibility", *Higher Education Policy* (Elsevier Science Ltd.), núm. 15 (2002).
- Gómez Buendía, Hernando, coord., *Educación: la agenda del siglo XXI. Hacia un desarrollo humano*, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998.
- Kent Serna, Rollin, *Experiencias de reforma en la educación superior en América Latina: los años noventas*, México, CINVESTAV-IPN-Plaza y Valdés, 2001.
- Levy, Daniel C., *La educación superior y el Estado en Latinoamérica. Desafíos privados al predominio público*, 1986, Primera edición en español, México, CESU-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1995.
- UNESCO, *Políticas para el cambio y desarrollo de la educación superior*, 1995.

Los estudios latinoamericanos y las Américas: ¿es posible un latinoamericanismo interamericanista?

Por Andrzej DEMBICZ*

DESDE HACE VARIOS AÑOS vengo expresando mis inquietudes y preocupaciones relativas a los estudios latinoamericanos, entendidos como un campo de estudios regionales pluri e interdisciplinarios. Unos los interpretan como una actividad intelectual pragmática, otros como una militancia, pero todos compartimos la convicción de su validez en cuanto área de conocimientos importantes en lo empírico aplicado y en lo epistemológico analítico.

Desde hace tiempo también, iba madurando en mí la inquietud sobre la relación entre los estudios latinoamericanos y las Américas como un conjunto de fenómenos y estructuras contiguos y continuos en lo social y en lo espacial pero casi ignorado por los estudios latinoamericanos. Ignorado porque no encontraba, a mi juicio, reflejo en las panorámicas de temarios trabajados por los latinoamericanistas en ninguno de los posibles niveles de interés: el de los fenómenos latinoamericanos en Estados Unidos y Canadá, el de los fenómenos y procesos interamericanos, el nivel comparativo. Podríamos hablar de la inexistencia de una dimensión interamericana latinoamericanista.

Esta constatación introductoria tiene por objeto no una crítica retórica más bien sentar la base de un concepto integral de estudios latinoamericanos algo, o bastante, diferente del que rige hasta el momento. Y se trata precisamente de una reconsideración del concepto de América Latina y del subyacente temario de los estudios latinoamericanos.

Para iniciar, hay que partir, sin embargo, del concepto de América Latina hoy mayoritaria y formalmente aceptado y, además, referirse a la evolución de los estudios latinoamericanos en su siglo y medio de historia moderna.

Desde hace décadas el concepto de América Latina parece bien claro a todos los niveles formales, desde los gobiernos nacionales y la ONU hasta la enseñanza básica en cualquier país del mundo; es aceptado, reconocido y manejado en sus límites políticos internacionalmente

* Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia (CESLA). Este texto aparece simultáneamente en la revista de dicho centro.

reconocidos. Dicho concepto es un corte definitorio al cual deberíamos atenernos formalmente.

Pero estamos, sin embargo, frente a una definición que, aunque hace cincuenta y tantos años fue un éxito de la comunidad latinoamericana a nivel internacional, hoy en día, a lo mejor, pudiera despertar dudas. No en cuanto a su figura formal y jurídica internacional, porque en este sentido no ha cambiado, al contrario, fue fortaleciéndose, sino en su real dimensión social y cultural y en las interpretaciones. ¿Sigue siendo América Latina, en su dinámica interna y externa, igual que hace cincuenta años? No hay que ser muy perspicaz y entendido de las cosas latinoamericanas para decir que no. Y, si es así, ¿no deberíamos acaso tratar de aplicarle un paradigma nuevo a su interpretación? El autor de esta reflexión está totalmente convencido de la urgente necesidad intelectual de tomar esto en cuenta y de iniciar el debate sobre las nuevas problemáticas latinoamericanas y muy en especial en cuanto a la dimensión interamericana, que ofrece implicaciones prometedoras en diversos aspectos interpretativos de lo latinoamericano. Mas utilizar un nuevo paradigma para analizar la región puede remodelar sustancialmente los enfoques de los estudios latinoamericanos y de los enfoques sobre las Américas en general.

Es fundamental tomar en cuenta la evolución histórica de los estudios latinoamericanos modernos, y más exactamente la relación entre los estudios americanos y los latinoamericanos, entre la "americanística" y la "latinoamericanística" y, lo que resultará básico en este sentido, los "estudios sobre las Américas", ya que éste era el enfoque más generalizado y practicado al principio. En efecto, antes de que existieran, en su interpretación contemporánea (que por cierto tiene unas cuantas décadas apenas), "estudios latinoamericanos" (y "latinoamericanística") por un lado y "American Studies" por el otro, se realizaban "estudios americanos" (y "americanística") relativos al Nuevo Mundo (las dos Américas) como totalidad. No fue, por cierto, en tiempos muy remotos, hace apenas cien o ciento cincuenta años. Sin embargo, la "americanística" de entonces se interesaba casi exclusivamente por el estudio de las variadas culturas americanas siguiendo su huella a lo largo de las décadas de descubrimientos. Se dio entonces un fenómeno de apropiación de América Latina por la americanística temprana, de finales del siglo XIX y principios del XX, y el surgimiento de estudios latinoamericanos bastante ramificados, que sin embargo empiezan a llamarse así sólo a partir de mediados del siglo XX. El resultado de esta "apropiación" de América Latina por la americanística académica

temprana fue que los Congresos Internacionales de Americanistas desde un principio estuvieron dedicados casi exclusivamente a América Latina. En tanto que la participación de los American Studies en su sentido actual siempre ha sido bastante simbólica.

Finalmente, a partir de la mitad del siglo xx, las dos ramificaciones de estudios sobre las Américas se desarrollan como enfoques y orientaciones totalmente diferentes y, en efecto, no sólo no están relacionadas entre sí, sino que están totalmente desvinculadas.

Los estudios latinoamericanos evolucionan sobre las bases creadas desde hace décadas, diversificándose disciplinariamente y luego pasando a los paradigmas transdisciplinarios, se aprovechan de una masiva institucionalización y entran, paulatinamente, en la etapa de un dinámico fomento, una explosión, en la propia América Latina, lo que en alguna otra oportunidad hemos llamado “desarrollo de los estudios latinoamericanos endógenos”. A partir de los años sesenta presenciamos, entonces, un constante auge cuantitativo de los estudios latinoamericanos que, en cierto momento, a causa de la acelerada frecuencia de estudios de carácter estadístico e informativo, originan dudas sobre su valor intrínseco. Sobre esta base a mediados de los noventa lancé, inclusive, una inquietud sobre el posible agotamiento del actual modelo de estudios latinoamericanos, comparando su situación con la de las ciencias geográficas de cierto imperio —descrito por Jorge Luis Borges en su *Historia universal de la infamia*, en el capítulo “Del rigor de la ciencia”— cuyo máximo logro fue un mapa del tamaño del mismo imperio, de una absoluta inutilidad que condujo al colapso total de las ciencias geográficas. Tal vez sea ésta una posición demasiado alarmista, sin embargo, se observa en el seno de los estudios latinoamericanos desde hace varios lustros, por no decir décadas, una fuerte bifurcación de temáticas. Una dedicada a las llamadas, en sentido amplio, etnohistoria y arqueología latinoamericanas, y la otra dedicada a los estudios sociales y políticos contemporáneos (incluyendo la historia de los siglos xix y xx). La una con la otra tienen cada vez menos en común.

En cambio los “American Studies” se constituyeron como un campo de estudios regionales dedicados a Estados Unidos, con enfoques sociopolíticos principalmente. Sin disponer (o aprovecharse), por cierto, de una rica tradición americanista, pero también sin sus herencias, a veces bastante comprometedoras. Se dedican básicamente a los procesos históricos y políticos de Estados Unidos, la formación de la sociedad estadounidense, sus relaciones internacionales, pensamiento, cultura y, recientemente, de forma muy lenta, de la nueva multiculturalidad de la sociedad “americana”.

Nada extraña, pues, que los dos enfoques regionales hayan evolucionado de forma totalmente autónoma, desvinculado uno del otro y con pocos antecedentes para entenderse mutuamente, pero con interesantes premisas conceptuales y temáticas para un acercamiento.

Como consecuencia estamos frente a tres imponderables en cuanto a los estudios sobre las dos Américas, hasta el momento totalmente separados entre sí.

El primero es el imponderable formal definitorio de las Américas: éstas son dos, la una separada de la otra, la una en oposición a la otra. Es un criterio político-histórico relativamente reciente (empieza a germinar con la Independencia latinoamericana) pero bien generalizado y arraigado. Formados dentro de este paradigma escolástico, nosotros y las generaciones anteriores, desde hace varias décadas, ya ni pensamos que a una labor intelectual algo más elevada, que es la reflexión académica sobre las Américas, se puedan aplicar marcos y patrones de clasificación e interpretación diferentes.

El segundo es el imponderable de la tradición académica y del patrimonio intelectual americanista. La falta total de intereses mutuos derivada de tradiciones, lenguajes conceptuales, ideológicos y metodológicos y hasta de *linguas francas* distintas. El español en uno y el inglés en otro caso. Todo esto se traduce en un desinterés mutuo acentuado y, eso sí, hay que decirlo, altamente perjudicial desde el punto de vista de problemáticas a investigar y esclarecer.

Finalmente el tercer imponderable, el cultural. Derivado de la historia común americana y del paradigma de la oposición entre América Latina y Estados Unidos. De la oposición de “los buenos” y “los malos”, tan arraigada a estas alturas del siglo xxi, considerada un credo en diversos niveles sociales latinoamericanos y latinoamericanistas. No es éste el lugar de analizarlo ni valorarlo, pero es imprescindible tomarlo en cuenta en la clase de análisis aquí desarrollado. El discurso opositor latinoamericanista es casi un credo público obligatorio que se sigue manteniendo vivo, independientemente de las circunstancias y necesidades y que, a nivel meramente académico (la ideología y la política aplicada no me incumben en este texto) hace imposible ver las cosas de manera imparcial. Recuérdense las dos maneras de interpretar el latinoamericanismo: como una labor intelectual pragmática y como una militancia intelectual, y cómo las dos se interfieren, lo que provoca que la identificación con el objeto de estudio haga imposible un análisis objetivo —aunque éste en las ciencias sociales nunca pueda ser realmente tal.

Estos tres imponderables hacen que, a pesar de ciertas tendencias bien perceptibles de acercamiento entre “las dos Américas” siga

manteniéndose la brecha entre los estudios latinoamericanos y los American Studies. Podríamos considerar esto bastante natural, como efecto lógico de los tres imponderables citados. Pero lo realmente negativo y peligroso es que en los estudios latinoamericanos sigue faltando lo latinoamericano vinculado con la “otra América”, como si no fuera “latinoamericano”. No lo es según los seguidores fieles de los tres imponderables y muy puristas, pero, ¿desde un espíritu abierto y consciente de que todo cambia y todo evoluciona en el tiempo y el espacio? Creo que bastante significativo pudiera ser en este sentido el último Congreso Internacional de Americanistas en Santiago de Chile (2003). Resultó ser un congreso concurrido, bien organizado e interesante, pero un congreso que de americanista tuvo nada más que el nombre, ya que no sólo no se percibía esfuerzo para hacerlo algo más que “latinoamericanista”, sino que el discurso oficial político fue evidentemente latinoamericano, latinoamericanista y muy “nuestro-americanista”, para no decir “antiamericano”, lo que claramente contradecía la idea original, intelectual, académica americanista de los congresos que tienen una rica y antigua tradición de casi 130 años (desde 1875). Tal discurso se inscribía muy claramente en el marco del tercer imponderable, muy cómodo, por cierto, para los fines políticos preconcebidos. Es una lástima que la política, o si se quiere el populismo, pueda seguir imponiéndose a la academia.

Me permití aplicar las comillas a “las dos Américas” para subrayar que esta noción puede ser considerada, desde cierto punto de vista, no necesariamente unívoca. Basta partir de la premisa de que no hay una sola “América Latina”. Los primeros en expresarlo fueron quienes inventaron esta denominación a mediados del siglo XIX, pero en plural: “les Amériques latines”. Después la pluralidad latinoamericana fue consagrada intelectualmente, al igual que lo fue la unidad ideológica. La expresión “unidad en la diversidad” fue convertida en un credo intelectual y político en los años ochenta para reforzar la acción conjunta latinoamericana. Se logró, pero con muchas y cada vez más frecuentes muestras de que las transiciones entre las “dos Américas” eran una realidad. Transiciones de distinta clase, de distinta categoría y de distinta dimensión.

Pero si no hay “una sola América Latina”, tampoco puede existir una única dimensión, ya que cada una de ellas se expresa y mide, social y espacialmente, con criterios diferentes, no necesariamente fáciles de comparar. Hablar entonces de una América Latina reducida a la dimensión de sus fronteras políticas es correcto desde el punto de vista del orden internacional reconocido, pero puede resultar altamente insuficiente desde el punto de vista intelectual. Tanto por sus alcances

físicos (palpables) como abstractos (hay espacios sociales abstractos) pueden y deben existir otras dimensiones latinoamericanas —aparte de aquella dimensión básica de carácter meramente político y muy conveniente a nivel escolar básico—: interamericana, ibérica, europea, africana, asiática. Por cierto, en nuestro caso, la dimensión interamericana (o las dimensiones interamericanas) es la más importante.

Y, ¿cómo detectarla y expresarla? Creo que por una parte se identifica con la presencia demográfica, cultural, social, política y económica latinoamericana en Estados Unidos y Canadá, pero, por otra, con la misma presencia e influencia estadounidense en los países latinoamericanos, expresándose éstas con fenómenos como la dolarización del Ecuador, la total dependencia de la política externa e interna de Cuba de sus relaciones con Estados Unidos, o las relaciones académicas entre las universidades latinoamericanas y las norteamericanas y la influencia de la política de becas universitarias para América Latina. La dependencia de criterios e indicadores usados y las dimensiones y espacios interamericanos de América Latina serán más o menos palpables o abstractos, pero en cada caso su identificación no debe causar mayores problemas.

Desde el punto de vista de las influencias latinoamericanas en Estados Unidos y Canadá, América Latina llega socialmente (demográfica, cultural, política y económicamente), y de hecho también territorialmente, bastante más al norte de sus fronteras políticas. Este proceso se desarrolla ininterrumpidamente desde la mitad del siglo XIX y, a pesar de que esté enraizado en las relaciones históricas entre Estados Unidos y México, su dimensión y significado actual resultan mucho más amplio cualitativa y cuantitativamente, en forma muy especial a partir del cambio del discurso oficial estadounidense sobre la formación de la “American Nation” y la adopción de la política de la pluriculturalidad. Esto, por cierto, no se opone al hecho real de que la presencia y la influencia mexicana sean más visibles y que las reivindicaciones culturales latinoamericanas o mexicanas sean más notables en el suroeste de Estados Unidos, o sea en los territorios que hace un siglo y medio dejaron de ser mexicanos.

Aunque la tarea de calcular la población de ascendencia latinoamericana en Estados Unidos no es nada fácil por la cantidad notable de inmigrantes ilegales, no obstante, es un porcentaje bastante alto, y en algunos casos locales inclusive predominante. Según los datos oficiales, en el año 2000 la participación de los latinoamericanos en la población total del país llegó a 12.5% (35.3 millones) y muestra tendencias crecientes. Si éstas se mantienen estables, para el año 2050 dicho porcentaje alcanzará 24.5%, lo que equivaldría a un total de

98.2 millones de personas. El idioma español es el segundo después del inglés en cuanto a la cantidad de hablantes y los núcleos fuertes de "hispanos" en el sur de Florida, San Francisco, Los Ángeles, en las ciudades y condados de la frontera mexicana, en Nueva York o Buffalo forman espacios compactos considerables. El sureste estadounidense está dominado principalmente por los cubanos, dominicanos, nicaragüenses, haitianos y otros centroamericanos y caribeños. En Nueva York dominan los puertorriqueños, jamaquinos y otros caribeños anglo e hispanohablantes. Finalmente el suroeste, desde California hasta la desembocadura del Río Bravo, está dominado por los mexicanos con un fuerte añadido de guatemaltecos y otros centroamericanos. Los mexicanos predominan, igualmente, en la región de los Grandes Lagos. Las demás nacionalidades se encuentran dispersas en éstas y otras regiones y localidades cuya enumeración anterior de ninguna manera agota la lista de lugares de asentamiento de los latinoamericanos en Estados Unidos. Los más numerosos son los mexicanos, que llegan a unos 20 millones de personas. El segundo lugar lo ocupan los puertorriqueños (que a la vez son ciudadanos estadounidenses) con 3.5 millones; los cubanos, según las estadísticas, son 1.2 millones, aunque extraoficialmente se habla de un número considerablemente mayor; los nicaragüenses son alrededor de 180 mil; los dominicanos 750 mil etc. Se puede considerar que por efecto de los cambios políticos y demográficos de los últimos lustros la estructura étnica de Estados Unidos ha cambiado notablemente. Dentro de un proceso de pluriculturalidad se dio una visible latinoamericanización de la sociedad estadounidense, lo cual se muestra notablemente en el siguiente cuadro de la participación latinoamericana en algunas de las ciudades en el año 2000.

Localidad y estado	Número de habitantes	% población latinoamericana
New York NY	8 008 278	27
Los Ángeles CA	3 694 820	46
Chicago IL	2 896 016	26
Houston TX	1 953 631	37
Phoenix AZ	1 321 045	34
San Diego CA	1 223 400	25
San Antonio TX	1 188 580	36
San José CA	894 943	30
El Paso TX	563 662	77
Miami FL	362 470	66

Fuente: US Census Bureau, Statistical Abstract of the United States.

Por efecto de la constante inmigración (hoy en día también por un sofisticado proceso de drenaje de cerebros) crece constantemente el número de "americanos" de ascendencia latinoamericana y se forman nuevos valores culturales. La cultura chicana, surgida de lo fronterizo mexicano-"americano", es efecto de la expansión territorial de Estados Unidos primero, y luego de la masiva emigración mexicana, y se convirtió en un fenómeno propio y autónomo, en un complejo cultural estructurado compuesto de diversos niveles y expresiones de cultura baja y alta, desde las subculturas de los barrios periféricos de Los Ángeles o San Diego hasta una sofisticada producción literaria.

En este contexto, muy apropiado será recordar una de mis experiencias académicas mexicanas del año 1975. En mayo de ese año tuve la oportunidad de presenciar en la UNAM la conferencia del geógrafo y politólogo Jorge Vivó Escoto dedicada a la problemática fronteriza mexicana. Refiriéndose a la frontera norte, el doctor Vivó indicó los extensos espacios de Texas, Nuevo México y California diciendo: "Aquí en el año 2000 existirá un nuevo país llamado Chicania, que no será ni México ni Estados Unidos, sino una síntesis política y cultural de lo hoy fronterizo". Por cierto, resultó que 25 años son muy poco tiempo para cambios tan radicales, sin embargo, Jorge Vivó supo prever tendencias que dieron pauta a los procesos demográficos, culturales y políticos en la región en cuestión, ya que la presencia latinoamericana allí se triplicó en este cuarto de siglo.

¿Hasta dónde llega América Latina al norte en su expansión demográfica y cultural? En la realidad es una interrogación meramente retórica. No hay necesidad de responderla concretamente, ya que, de acuerdo con la premisa metodológica adoptada (dimensiones y alcances físicos y palpables por un lado y, por el otro, de los abstractos, que se traducen en influencias directas o indirectas, pero no necesariamente presencias físicas) estas dimensiones serán numerosas y multifacéticas. A veces permitirán establecer redes de puntos territoriales claves y límites exactos, otras, apenas detectar influencias políticas o culturales indirectas. Lo refleja fielmente aquel chiste bien conocido sobre un ruso que llega a un pueblecito del suroeste de Estados Unidos y que, para aprender el idioma inglés, se encierra en su cuarto de hotel escuchando un canal de televisión interesante de habla melodiosa. En dos meses más resultó que había aprendido español mexicano.

Pero sí es importante, en este contexto, preguntar hasta qué punto Miami, en cuyos alrededores viven no menos de dos millones de latinoamericanos y decenas de millones más llegan anualmente a hacer sus



compras baratas y visitar a sus familiares, es América Latina y hasta qué grado lo es el barrio neoyorquino tan caribeño del Bronx.

De todos estos lugares se remiten anualmente miles de millones de dólares a Cuba, República Dominicana, Haití y los demás países latinoamericanos. En el 2000 el monto total de remesas superó 23 000 millones de dólares, en tanto que para el 2010, si se mantienen firmes las tendencias actuales, se pronostica un monto de 70 mil millones. En vista de esto, hay que plantear aquí una cuestión absolutamente básica: ¿quién depende de quién en mayor grado, las sociedades de los países latinoamericanos dependen económicamente de (las remesas de) Estados Unidos, o las sociedades y economías locales y regionales estadounidenses dependen del potencial humano procedente de América Latina? Hasta el momento no se ha planteado así la cuestión, pero ya es hora de hacerlo.

Las inquietudes intelectuales y los problemas de investigación que derivan y surgen de tales planteamientos caben por igual en los repertorios de los estudios estadounidenses y los estudios latinoamericanos. Es imposible ya, hoy en día, investigar la sociedad mixteca desvinculándola del permanente puente migratorio y financiero mixteco-californiano, gracias al cual la ciudad de Los Ángeles se volvió parte integral de la Mixteca y de Tehuantepec. Pero tampoco es posible analizar las realidades sanangelinas sin sus estructuras demográficas y culturales mexicanas y mixtecas y su infraestructura gastronómica específica tan vinculada con el sur de México.

Finalmente, ya que el objeto de nuestro análisis son los estudios latinoamericanos, hay que tener bien presente que las estructuras norteamericanas de estudios latinoamericanos de manera creciente se vienen apoyando sobre cuadros latinoamericanos. En el 50 Congreso Internacional de Americanistas, la mayoría de los 230 participantes venidos de Estados Unidos fueron latinoamericanos, residentes permanentes o temporales de aquel país.

Para ofrecer un cuadro general suficientemente expresivo nos hemos concentrado hasta el momento sobre las evidencias empíricas claras y generalmente reconocidas. Sin embargo, quedan áreas que no fueron aquí mencionadas en el campo de lo social, político, económico, y que llevaron a reformular las relaciones bilaterales y, más ampliamente, las interamericanas, en formas totalmente distintas que hace unos quince o veinte años. La pregunta sobre el NAFTA/TLC equivale, en realidad, a preguntar por las relaciones entre las "dos Américas" en lo formal y, mucho más ampliamente, en lo informal de los nexos interamericanos. Hay que verlo a través de todo un complejo social, político y económico

mexicano, pero necesariamente con una perspectiva latinoamericana en el sentido más amplio posible. La constatación sobre el acercamiento entre las Américas ya resulta a estas alturas trivial e intelectualmente perniciosa. Hay que plantear otra clase, mucho más complicada, de cuestiones. Lo mismo en relación al ALCA y a cuál de las partes contrincantes tiene que perder y ganar y, por lo tanto, no se le pueden aplicar paradigmas y cánones de valores y de posturas de hace medio siglo o más. Y exactamente lo mismo concierne a su análisis académico, sea latinoamericanista o americanista.

De todas maneras, parece que en lo cultural, por numerosas razones que ya parcialmente se expusieron arriba, América Latina presenta una mayor resistencia frente a las influencias externas que Estados Unidos que, con su heterogeneidad y apertura, se muestra más vulnerable a las influencias latinoamericanas.

Con todo lo que hemos dicho hasta ahora parece bastante lógico que las problemáticas aquí tratadas sean realmente importantes, tanto para los estudios latinoamericanos como para los American Studies, aunque hasta el momento su presencia en los estudios latinoamericanos resulta más que limitada. A mi juicio, desde la perspectiva latinoamericanista, hay por lo menos dos razones por las cuales toda esta compleja problemática y temática aquí tratada debería pasar a constituir parte integral de los estudios latinoamericanos.

En primer lugar por razones de carácter empírico y cognoscitivo formal. Si consideramos que América Latina, a pesar de las premisas formales políticas, trasciende el Río Bravo y se extiende más al norte, entonces no sólo no existe ninguna razón para no tomar en cuenta elementos, fuerzas y factores que desde fuera del territorio formalmente latinoamericano influyen sobre los fenómenos y procesos en América Latina, sino que hay que considerar todo lo latinoamericano (tal como fue considerado en párrafos anteriores) en Estados Unidos y Canadá como objeto potencial y apropiado de los estudios latinoamericanos.

En segundo lugar por razones netamente metodológicas. No tomarlo en cuenta equivaldría a una insuficiencia del análisis científico en numerosas áreas temáticas de estudio. Pero, a la vez, hay que tener presente que tal ampliación temática interamericanista implicaría aspectos absolutamente substanciales para el futuro de los estudios latinoamericanos:

1) Ofrecería una totalmente nueva e inimaginablemente rica ampliación del repertorio temático de los estudios latinoamericanos.

2) Crearía tanto la posibilidad como el imperativo de tomar en cuenta los temarios tradicionales, factores y condicionamientos hasta ahora

descuidados o subutilizados, lo cual permitiría una nueva y más amplia (más completa) interpretación de los problemas ya estudiados.

3) Esto forzosamente implicaría nuevas relaciones de los estudios latinoamericanos con los American Studies, en las relaciones académicas, los aspectos conceptuales, temáticos y hasta los formales. Lo cual, por cierto, significaría una verdadera abolición o supresión (de ambas partes) de ciertas barreras, también psicológicas, lo cual no parece nada fácil. Dentro de este marco el problema del idioma, o sea de la *lingua franca* de cada una de las áreas de estudios americanistas no es nada despreciable. Tal vez, en la disputa de las prerrogativas lingüísticas de cada una, se llegaría al debate sobre el antiamericanismo o antilatinoamericanismo. En cuanto al “antiamericanismo”, éste, seguramente, pudiera y debería ser un tema de investigación obligado, ya que hasta el momento la temática de la percepción y valoración de Estados Unidos y de la sociedad estadounidense en Latinoamérica casi no ha sido tratado.

4) Esta clase de enfoque implicaría un cambio en los programas de formación latinoamericanista, principalmente en los cursos de maestría en estudios latinoamericanos. Éstos tendrían que irse ensanchando e incluyendo asignaturas curriculares como: *a)* relaciones entre Estados Unidos y los países latinoamericanos, *b)* política económica e inversiones de Estados Unidos en América Latina, *c)* TLC, la anatomía de la integración interamericana, *d)* los latinoamericanos en Estados Unidos: demografía, cultura, sociedad, política, *e)* la cultura y literatura chicana, *f)* la sociedad puertorriqueña y Estados Unidos, *g)* la sociedad cubana en Estados Unidos y *h)* los narcóticos y las relaciones interamericanas.

Las temáticas arriba mencionadas tan sólo pretenden indicar algunas áreas de especial susceptibilidad. Hay muchas más que en los estudios latinoamericanos tradicionales se tocan marginal u ocasionalmente, y la cuestión es que entren en el canon de las asignaturas ofrecidas regularmente a los que se forman como futuros expertos en Latinoamérica.

Todas estas cuestiones son, realmente, difíciles. Pero si no las empezamos a tocar y debatir serán aún más difíciles. Por suerte, en Europa se han dado ejemplos de una labor efectiva a favor de un “latinoamericanismo interamericanista”. Un impulso temprano nos llegó desde Francia en el año 2000 con la iniciativa de crear un Instituto de las Américas. A finales de 2003 aún no se sabe cuál va a ser la suerte formal de la idea lanzada hace algunos años, pero es importante que aunque poco precisa, haya provocado inquietud intelectual en otras partes. En el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia (CESLA) fue puesto en marcha también durante el año 2000

un proyecto general de reconstrucción de los estudios latinoamericanos con la finalidad de ponerlos a la altura del siglo XXI, que ya tocaba las puertas.

Hoy en día (año académico 2003/2004) existe en la Universidad de Varsovia un Instituto de las Américas y Europa —una institución autónoma de la Universidad (creada en 2002) compuesta por el CESLA y además por el American Studies Center (ASC) y el Centro de Estudios Europeos de Desarrollo Regional y Local (EUROREG), que no sólo dispone de tres líneas temáticas de posgrado (estudios latinoamericanos, “American Studies”, estudios regionales europeos) sino que, en lo relativo a las Américas, ofrece asignaturas, seminarios y consultas individuales en el nivel reclamado párrafos atrás. Hay posibilidad de estudiar cuestiones de la cultura chicana, debatir sobre la problemática fronteriza mexicano-estadounidense o pedir consultas sobre el significado de los corridos de la Revolución relativos a las incursiones de Pancho Villa a Texas.

Todavía (y seguramente por muchos años más) los currículos de “estudios latinoamericanos” y de “American Studies” seguirán siendo distintos en la Universidad de Varsovia, pero el primer paso fue dado. Se ha lanzado un programa de estudios que contempla el inevitable imperativo de interacción entre lo latinoamericano y lo estadounidense para crear lo “interamericano” o lo “interamericanista”.

Un penúltimo acento sobre estas cuestiones fue puesto a principios de junio de 2003 en Varsovia con un seminario dedicado a *Estudios sobre las Américas en Polonia*. Resultó ser este evento una gran aventura de descubrimientos mutuos entre los estudiosos de Latinoamérica y de Estados Unidos y Canadá. Dos mundos totalmente distintos que casi apenas se iban dando cuenta de su existencia. Aquel suceso constituyó un último impulso para escribir el presente texto.

Tal como dije al inicio, desde hace varios años vengo promoviendo esta idea de la necesidad de una mayor y sustancial apertura de los estudios latinoamericanos que, de otra manera, irán agotando su actual paradigma conceptual. Por suerte esta insistencia viene produciendo efectos interesantes y captando aliados. El más significativo es la constitución de una Red Científica Internacional: *América Latina en diálogo intercultural en el contexto interamericano y europeo: identidad, espacio social, integración. Experiencias y proyecciones* en la cual participan centros de estudio e investigadores de Europa y América Latina, y que logró reconocimiento oficial y cierto financiamiento por cuatro años del Ministerio de Ciencia e Información de Polonia. Su coordinación está en el CESLA. Las primeras actividades

formales de esta red fueron el evento arriba mencionado y dos seminarios internacionales organizados en julio de 2003: en Río de Janeiro sobre las *Estrategias de sobrevivencia en condiciones de pluriculturalidad* y un simposio en Santiago de Chile, en el marco del 51 Congreso de Americanistas, dedicado a *Sociedades locales y regionales en América Latina en los contextos de interculturalidad y de fronteras culturales (identidad, gestión, economía)*. Las actividades de la Red, aunque ya tengan sus antecedentes en años anteriores, empezaron formalmente en 2003 y se extenderán hasta 2007. Entre los principales proyectos de carácter interamericanista se cuentan:

- América Latina pluricultural y las relaciones interamericanas en la literatura y la ensayística de las Américas en el siglo xx.
- América Latina en el pensamiento angloamericano.
- Sociedades de raíces latinoamericanas en Estados Unidos de América. Experiencias, tendencias, proyecciones.
- Fronteras en las Américas: desarrollo e integración.
- Economías latinoamericanas en procesos de integración interamericana y globalización.

Los temas citados son apenas algunas de las actividades ya iniciadas o proyectadas. En total la realización de los proyectos previstos debe traer la celebración de unos ocho seminarios y simposios internacionales y nacionales y la publicación de unos 15 libros.

Esperemos que la Red ayude en la proliferación de la idea de "latinoamericanismo interamericanista" y que este concepto empiece a significar una modalidad más integral de estudios latinoamericanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Cerutti Guldberg, Horacio, "Mensajes universales de las Américas para el siglo xxi", en *Actas del 50 Congreso Internacional de Americanistas*, Varsovia, CESLA, 2001, pp. 145-157.
- _____, "Invitación a renovar (¿reinventar?) Nuestra América (y los estudios que a ella se refieren)", *Revista del CESLA*, núm. 1 (2000), pp. 178-184.
- _____, "Más que nunca nos urge una mística latinoamericanista", *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, núm. 16 (1994), pp. 21-30.
- Dembicz, Andrzej, "Estudios latinoamericanos en Polonia", *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* (Amsterdam, CEDLA), núm. 72 (2002), pp. 179-194.
- _____, "Estudios latinoamericanos: proyecciones difíciles", *Revista del CESLA*, núm. 1 (2000), pp. 173-177.
- _____, "Estudios latinoamericanos hacia el año 2000 ¿amenazas?, desafíos, expectativas", *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, 16 (1994), pp. 9-20.

- Kukliński, Antoni, "Latin America-North America-Europe: the geostrategic triangle of the 21st century", en *Actas del 50 Congreso Internacional de Americanistas*, Varsovia, CESLA, 2001, pp. 159-161.
- Maerk, Johannes, "Construcción del conocimiento en, sobre y desde América Latina. Un primer intento de acercamiento", *Revista del CESLA*, núm. 4 (2002), pp. 215-218.
- Rodó, José E., "Testamento americanista", *Revista del CESLA*, núm. 4 (2002), pp. 213-214.
- Tulchin, Joseph, "The Inter-American security and the relations with Europe", en A. Dembicz, M. Malinowski, *Relaciones y percepciones mutuas entre Europa y las Américas*, Varsovia, CESLA, 2001, pp. 32-37.
- Zabaleta, Marta, "Los derechos humanos universales en la teoría y en la práctica de Latinoamérica y de los estudios latinoamericanos", *Revista del CESLA*, núm. 3 (2002), pp. 17-35.
- Zea, Leopoldo, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978.
- _____, "América Latina ante el discurso hegemónico", en A. Dembicz, M. Malinowski, *Relaciones y percepciones mutuas entre Europa y las Américas*, Varsovia, CESLA, 2001, pp. 70-75.